



Manifiesto

Yo, señores, la verdad, vivir tranquilo quería y, gracias á Dios vivía con toda tranquilidad. Fueron mis días así transcurriendo lentamente, sin que afortunadamente nadie se fijara en mí. Pero ya un sabio lo dijo: el hombre desde el nacer suele en este mundo ser de las circunstancias hijo. Hará un mes, próximamente, á la mesa se sentó donde tomo café yo un político influyente. Y en tono afectuoso y tierno me dijo: ¿Por qué desmaya? precisa, amigo, que vaya á la Casa de Gobierno. Vaya sin perder minuto; hable á Figueroa Alcorta, pues á él más que á nadie im-

[porta

encontrar buen sustituto. No agradecí la intención, quedóse mi lengua muda, pero el áspid de la duda se clavó en mi corazón. Y yo que nunca, jamás, soñé con vanos honores, he concluido, señores, por ser un figurón más. Y he decidido en redondo luchar denodadamente poniendo mi nombre enfrente de Sáenz Peña y de Udaondo. ¿Que quién soy? ¿Qué es lo que [quiero? ¿Qué misión cumplo en la tie-

[rra?

Un hombre en perpetua guerra por el prosaico puchero. En viejo solar naací, de ilustre linaje vengo, sangre colorada tengo; (ayer me pinché y la ví.) Heredé de mis mayores un castillo derruido, que aun conservo y no he ven-

[dido

por falta de compradores. He perdido ya y me alegro en política la fe, y, francamente, no sé si soy blanco ó si soy negro.

El color rojo encendido prefería en mis verdores, y hoy de todos los colores prefiero el indefinido. No persigo un ideal, no tengo lo que se llama un verdadero programa político electoral. ¿Para qué? Que yo recuerde ningún programa, ninguno ha surtido efecto alguno, ya nadie el anzuelo muerde. Bueno, pues, lanzar no debe promesas halagadoras, para que á las pocas horas el pampero se las lleve. Mas no se manda á capricho, hoy hay que ser modernista, mejor dicho, oportunista, casuístico, mejor dicho. Un estadista verdad debe, á mi modo de ver, concretarse á resolver las cosas de actualidad. Yo haré que sin gran demora mi gobierno facilite lo que el pueblo necesite cada día, cada hora. ¿No es absurdo que hoy, señores!, un usurero exigente *entrene* por insolvente á uno de mis electores? En este caso, el gobierno debe decirle: "usurero, ahí tiene usted su dinero; ahora váyase al cuerno". O de otro modo expresado: dése plata al indigente... ¿para qué está el presidente? ¿Para qué sirve el Estado? Por más vueltas que le den, sin el bien individual, no existe el bien general; no sé si me explico bien. Así lector, no lo dudes, yo te mantendré, si quieres, con todos tus menesteres, vicios y vicisitudes. ¿Hay quien más ofrezca? No. ¿Buena diferencia va de lo que Sáenz dará á lo que *prometo* yo! Reflexionen los votantes, mándenme á la presidencia si quieren, si no... paciencia y tan amigos como antes.

ROBERTO BUENO.